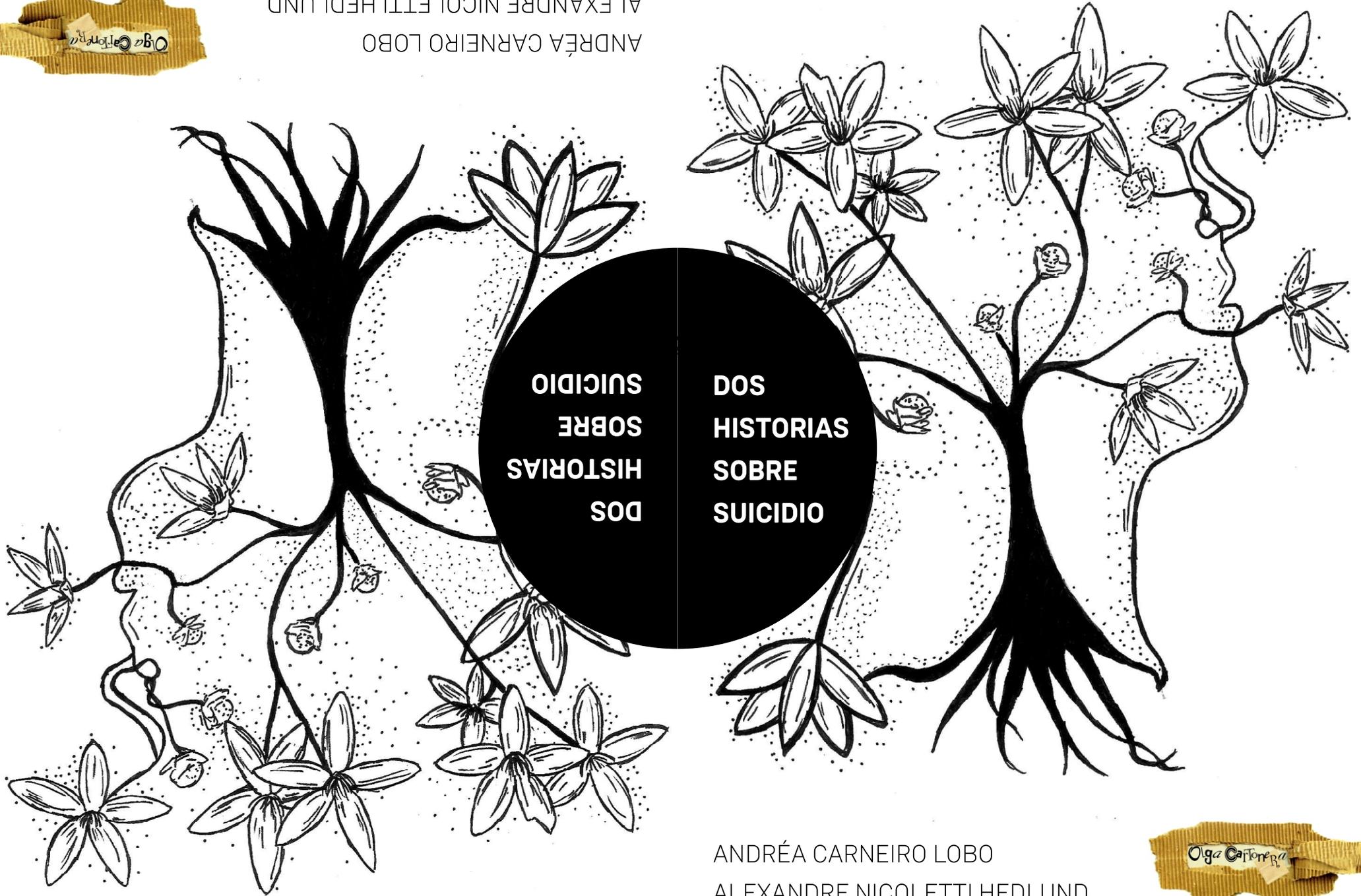




ANDRÉA CARNEIRO LOBO  
ALEXANDRE NICOLETTI HEDLUND



ANDRÉA CARNEIRO LOBO  
ALEXANDRE NICOLETTI HEDLUND



B869  
L.799  
Lobo Carneiro, Andrea, 1973 -  
Hedlund, Alexandre Nicoletti, 1981 -  
    Dos historias sobre Suicidio / Andrea Carneiro Lobo,  
        Alexandre Nicoletti, Hedlund  
        Santiago, Olga Cartonera, 2020.  
10p. : 22 x 15cm  
  
1.-Relatos brasileirosI.Autor II. Título



Dos historias sobre suicidio por Andrea Carneiro Lobo  
y Alexandre Nicoletti Hedlund  
se encuentra bajo una  
[Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/).

@Andrea Carneiro Lobo y Alexandre NicolettiHedlund  
@2018 Voz Cartonera, Brasil  
@2020 Olga Cartonera, Chile

Traducción al castellano: Manuel Guerrero  
Ilustradora: Milena Carolina Borges de Lima  
Diseño Editorial: Roberto Jones – psicografo.com.br

Este ejemplar N°\_\_\_\_\_ es único, original e irrepetible y  
está hecho a mano por OlgaCartonera

Santiago, Chile 2020

Santiago, Chile 2020  
Este ejemplar N°\_\_\_\_\_ es único, original e irrepetible y  
está hecho a mano por OlgaCartonera  
Diseño Editorial: Roberto Jones – psicografo.com.br  
Ilustradora: Milena Carolina Borges de Lima  
Traducción al castellano: Manuel Guerrero  
@Andrea Carneiro Lobo y Alexandre NicolettiHedlund  
@2018 Voz Cartonera, Brasil  
@2020 Olga Cartonera, Chile

Dos historias sobre suicidio por Andrea Carneiro Lobo  
y Alexandre Nicoletti Hedlund  
se encuentra bajo una  
[Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/).



B869  
L.799  
Lobo Carneiro, Andrea, 1973 -  
Hedlund, Alexandre Nicoletti, 1981 -  
    Dos historias sobre Suicidio / Andrea Carneiro Lobo,  
        Alexandre Nicoletti, Hedlund  
        Santiago, Olga Cartonera, 2020.  
10p. : 22 x 15cm  
  
1.-Relatos brasileirosI.Autor II. Título

Soy profesora de Historia, autora de libros didácticos y editora de la Voz Cartonera. Estudio, escribo y doy charlas sobre el dolor psíquico que el saber psiquiátrico llama "depresión"; su historia, sus características y las tentativas médicas de su comprensión. Busco entender la relación entre las estrategias de resistencia y control de los cuerpos por los diferentes saberes y las formas de resistencia engendradas por esos mismos cuerpos. Milito en pro de la vida, en todos sus matices.

**ANDRÉA CARNEIRO LOBO**

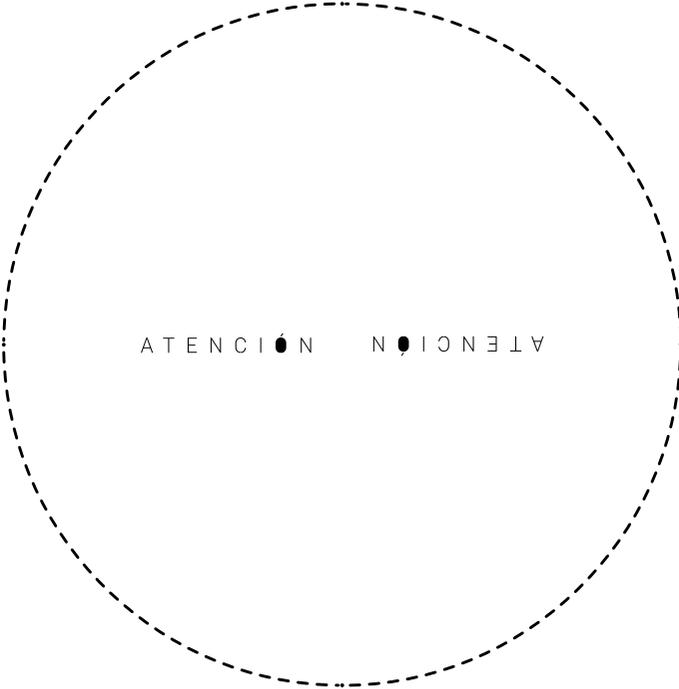
## **SOBRE LOS AUTORES**



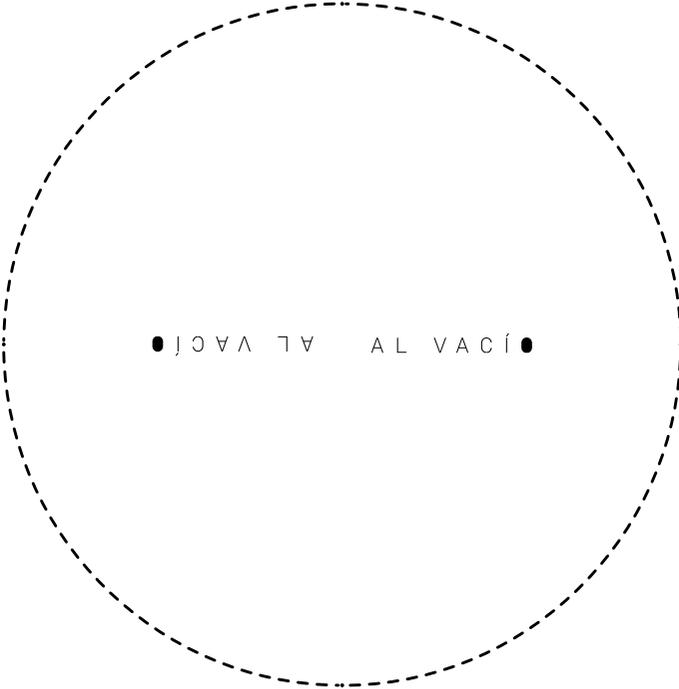
## **SOBRE LOS AUTORES**

**ALEXANDRE NICOLETTI HEDLUND**

Profesor de Derecho Penal y Criminología, y Abogado. Padre de Be. En horas de ocio, un poeta marginal, entusiasta de lo cotidiano y de las desventuras del antihéroe.



ATENCIÓN • NACIONAL



## PRESENTACIÓN DEL LIBRO

El filósofo romano Séneca, que vivió en el siglo I de nuestra era, afirmaba en un poema que, a veces, una embarcación podría detenerse a la mitad del camino, antes de llegar a su lugar de destino, y eso debido a las tempestades que pudiera enfrentar a lo largo de su jornada. Estas tempestades harían que se debilita, transformando el resto del viaje en una lenta travesía, dolorosa y sombría.

Séneca se refería a las personas que, en virtud de una enfermedad incurable, acompañada de dolores insoportables, pensaban en quitarse la vida – detener la travesía a mitad de camino – llevando a sus lectores, de este modo, a entender los motivos que condujeron a alguien a una muerte auto provocada: el suicidio.

De los días de Séneca a los nuestros, ya pasaron casi dos mil años. Desde entonces, la práctica de acabar con la propia vida no desapareció de nuestra cultura: al contrario, ésta se acentuó. Datos del 2014 mostrados por la Organización Mundial de la Salud revelan que en el mundo, una persona se suicida cada 40 segundos. Y para cada una que lo logra, por lo menos veinte lo intentaron y no tuvieron “éxito”.

Si en los tiempos de Séneca los dolores físicos llevaban a las personas a esa actitud extrema; en nuestra época, son los dolores psíquicos los que motivan a pensar, intentar y llevar a cabo el suicidio. Entre esos dolores, aquella tristeza y aquel desánimo persistentes que los psiquiatras llaman depresión: la mayor causa de suicidio en todo el mundo.

La situación es tan grave que fue, inclusive, considerada una epidemia: tú, yo ¿Quién entre nosotros no ha conocido a alguien que se suicidó? Frente a ese cuadro, no cabe más acusar y culpar a quienes toman esa actitud, y mucho menos el tabú sobre el tema. Debido a eso, en el Brasil se creó, en el 2014, la campaña de concientización sobre el suicidio llamada “Setiembre Amarillo”. Se trata de una movilización sobre las necesidades de romper el silencio y hablar sobre el tema, procurando con esto prevenir y ayudar a que estos índices disminuyan.

Las historias que aquí se publican se inscriben en ese intento. Son ficticias, pero se basan en hechos y dolores reales. Con ellas pretendemos sensibilizarte, lector, con el delicado tema de la muerte auto provocada y de sus motivaciones, tratando de mostrar que el sólo “cubrir” nuestros dolores psíquicos con fármacos, escondiéndolos de los demás, no los hará desaparecer. Quien piensa en terminar con su propia vida, no quiere acabar con ella, sino acabar con el dolor de vivir. Ahí reside la importancia de debatir sobre esos dolores y sensibilizar a las personas que las padecen sobre lo bello, único y maravilloso que es vivir, aunque fuera sólo por un día.

**¡Que disfruten la lectura!**

Y que bello día para ser el último  
Pensó consigo mismo,  
Un amanecer gris  
Pero que se llena de azul ya tan temprano  
Y merece ser vivido

Y adormeció vencido por el sueño  
que también lo quiso visitar  
en esa última noche para soñar  
a pesar de no haber dormido mucho, confiesa  
pues quería, el último día, aprovechar

Se decidió al triste fin llegar  
Mirando cariñosamente sus errores  
Sus fallas, ríñas y pocos aciertos  
Y así se negó a dormir  
para contemplar el esplendor de su cielo

Pero como sólo se muere una vez  
Es necesario hacer todo perfectamente  
Detalle a detalle cuidar  
Bajo pena de, por no hacerlo así,  
Morir de vergüenza después

A medida que el tiempo pasaba, a lo largo de la noche  
Llegó a la constatación más verdadera  
Que un poeta puede sentir  
Pues, habiendo secado su llanto, su dolor  
Resolvió, por cierto, morir

**¡QUE DÍA PARA UN SUICIDIO!**  
*por Alexandre Nicoletti Hedlund*

E insistió en caminar por la mañana  
Sólo para estirar un poco las piernas  
Después, llamó a unos pocos buenos amigos  
Sin decirles nada sobre el futuro  
Pero hablando cariñosamente a cada uno  
de recuerdos en común  
del respeto a la amistad  
Después llamó a su mamá, a su papá  
a su hermano lo dejó para más tarde  
Pero, insistiría en hablar con todos  
Por lo menos un poquito  
para llevar consigo la voz de cada uno  
A la hora del almuerzo, prefirió ir a la iglesia  
a aprovechar un poco de esa serenidad  
que increíblemente  
sólo se esta allí  
Sin importar el credo  
Pero, tuvo miedo de que al llegar al cielo  
Ya hubiera perdido la hora de la comida  
Y, por eso, prefirió ir a un buen restaurante  
Donde tuvo cierta dificultad en elegir qué poner en el plato  
Porque, ¿moriría sin haber comido alguna vez “arroz chino”?  
Y, después de la comida que hizo en silencio  
En la que pudo contemplar transeúntes  
Rostros y rostros que por el pasaron  
Vio a una niña que besaba el rostro de su papá  
Y sintió que allí había amor

## TEMPESTADES, AGUJEROS Y TAPAS

*por Andréa Maria Carneiro Lobo*

Era una calle tranquila, poco transitada. Una calle cualquiera, como otras tantas. No tenía curvas, algún agujerito, y hasta estaba bien conservada, ni muy antigua, ni muy nueva. Pero, una tarde de marzo, sobre aquella calle tranquila, a la que nadie prestaba mucha atención, se desató una impetuosa tempestad. Fuertes vientos seguidos de una lluvia torrencial que duró por lo menos dos horas, afectó profundamente aquella calle que hasta entonces nadie notaba. Y causaron un terrible daño.

Cuando la calma llegó, la constatación: la tempestad había abierto un gran agujero en la calle: cuatro metros de diámetro, un metro de profundidad. Y la gente, entonces, por fin, comenzó a prestar atención a la calle. “¿Vieron el tamaño de ese agujero? Sólo pudo deberse a la tempestad. Pobre calle, no aguantó” Pero, aunque entendieran que el agujero estaba relacionado a la tempestad y que él podría crecer más todavía si fuera ignorado, la gente prefería desviarlo, fingiendo no verlo. Y la vida seguía, con ese agujero incómodo, en medio del camino de la vida.

Pasaba el tiempo. Otras tempestades llegaron. El agujero se fue haciendo más grande y más profundo: ahora ya tenía siete metros de diámetro y tres de profundidad. Entonces, algunos profesionales, especialistas en agujeros, comenzaron a interesarse por él. Los fabricantes y comerciantes de tapas dijeron: “es preciso tapar ese agujero, sólo así dejará de molestar. Comenzamos con un material más liviano, una tapa de 50 cm de grosor, hecho de madera de pino. Así no dará problemas, no será notado. Y las personas podrán pasar normalmente sobre él.” Los ingenieros, en cambio, miraban el mismo agujero y decían: “Las tapas sirven, evitan que los agujeros se noten. Pero no resuelven el problema del todo. Es necesario ir a las causas, entender cuál es la relación entre la tempestad y los agujeros; para eso, debemos retirar las tapas.”

Nadie escuchó a los ingenieros. Las tapas permanecieron sobre el agujero que se hacía cada vez más grande: ahora tenía diez metros de diámetro y cinco de profundidad. No había cómo no notarlo. Entonces, los comerciantes de tapas vinieron y pusieron unas tapas recién salidas al mercado, más resistentes, más grandes, de acción prolongada. Los ingenieros sólo observaron, y seguían diciendo: “el agujero todavía sigue ahí y es cada vez más grande... las tapas sólo lo esconden, pero él sigue creciendo internamente”. La cuestión es que era mucho más barato para la municipalidad comprar tapas y ponerlas sobre el agujero que pagar por un estudio urbanístico sobre las relaciones entre las tempestades y los agujeros. Además, había un acuerdo entre los fabricantes de tapas y el departamento de obras de la municipalidad que a ambos beneficiaba. ¿Y el agujero? Al diablo, no era más que una calle de tantas...

El por fin se dio cuenta de  
La maravillosa dádiva que fue  
Elegir el mismo el día para morir  
Y que realmente había aprovechado tanto  
Tantas cosas que le hacían bien

Finalmente, se fue a su templo secular  
Donde quería despedirse de la vida bohemia  
Y allí, cercado de una fiesta inusitada  
En la que sólo se podría celebrar la vida  
Y retirarse de la muerte

Y cuando atardeció, tomó un baño  
Salíó a caminar y pudo ver la puesta del sol  
Después, fue a conversar con algunas personas  
En quienes encontró mediante gestos simples  
La compasión de querer bien, por querer simple

Leyó un poco, reflexionó sobre la vida  
Trabajó en algunas de sus cosas  
Desistió de otras que no quería más cargar  
Se tomó un trago de su whiskey favorito  
Y se sintió bien, por aprovechar tan bien su día

Salíendo de allí, decidió irse a casa  
Y autorizado por el mismo  
Quiso dormir un poquito  
Que gran cosa: poder dormir después de almorzar!  
¡Que día!

!Qué día para un suicidio!  
pensó embriagado de alegría  
y delante de tantas cosas buenas  
hechas de sus elecciones del día  
el decidió, simplemente.

Cerró los ojos, y con los brazos abiertos  
frente a la ventana  
sintió que el viento lo abrazaba  
y pudo agradecer en silencio  
!Gracias, Dios!

Y entonces se dio cuenta del presente divino  
que se constituye en una cosa tan simple  
El poder de elegir los caminos  
Que hicieron de su día amargo  
Un bellissimo día de recomienzo

!Lleno de vida! - Pensó consigo mismo  
Y en eso estuvo la diferencia...  
pues aprovechó cada instante  
cada día, a cada persona  
y solamente con cosas que lo llenaran de vida plena

?Y la muerte? ?Y el suicidio?  
Cálmese, mi estimado...  
suicidio es la duda, trate de sanarla  
?Muerte? Sólo muere quien no vive  
Nunca un transeúnte indelible.

Con la estructura cada vez más frágil, el agujero fue creciendo, al punto de tomar toda la calle, que quedó repleta de las más fuertes y diversas tapas. Pero ellas ya no eran suficiente... Ya no servían más. Y, durante una madrugada de verano, mientras caía una fina lluvia, todas las tapas se vinieron abajo. El agujero, que crecía silenciosamente por debajo de las tapas, se había convertido en un enorme cráter y esa calle tranquila, que nadie notaba, desapareció por completo. Un terrible estruendo se escuchó a kilómetros de distancia. Hubo gran conmoción. La gente miraba la calle destruida y se decía: “¿Cómo nunca nos dimos cuenta de que estaba tan mal?”

La calle es la gente, La tempestad son las pérdidas y traumas por las que ellas pasan. El agujero es el duelo, sentimiento de tristeza profunda que en ellas se instala después de una pérdida. Las tapas son los medicamentos psicoactivos: ayudan a la gente a convivir con el agujero, pero no actúan en sus causas. Los fabricantes de tapas son las industrias farmacéuticas: cuanto más gente con “agujeros”, mejor. Los ingenieros son los psicólogos, los terapeutas, los psicoanalistas y todos quienes buscan entender lo que está debajo de las tapas y cuáles son las causas. Y el cráter, que devora el agujero y toda la calle es el suicidio.

En el Brasil, son al menos 12 mil casos por año. Tú, yo, todos nosotros conocemos o perdimos a alguien por suicidio. No podemos evitar que los agujeros aparezcan, no podemos evitar las tempestades. Pero, tampoco podemos seguir pensando que sólo las tapas pueden resolver el problema de los agujeros. ¿Cuántas calles más tendremos que perder hasta para que tratemos la relación entre tempestades y agujeros de otra manera?

